

Fray Lorenzo era un fraile franciscano muy popular y querido en la ciudad de Verona. Era buen consejero y acogía a todos con mucho cariño. No atendía a sus visitantes en la fría sala de estar, junto a la entrada del convento, sino en su celda, en la segunda planta, en un ambiente de confianza y familiar. El joven Romeo había acudido en varias ocasiones para consultarle sobre sus amores con Rosalina, pero el fraile no veía adecuada aquella relación. “Muchas veces me regañaste por amar a Rosalina”, le diría días más tarde Romeo. Y Fray Lorenzo le respondió: “Por enloquecer, no por amar, mi buen discípulo”. Pronto, Romeo le daría la razón a su consejero.

Capuleto había organizado en su mansión una fiesta de máscaras. El osado Romeo, que era Montesco, entró sin ser invitado. Los clanes Capuleto y Montesco se odiaban visceralmente. Aunque Tebaldo delató “al villano enemigo”, su tío Capuleto lo calmó afirmando que “Verona presume en Romeo de que es un joven virtuoso y bien gobernado”. El genio Shakespeare narra en la escena V del acto 1º, la más extraordinaria declaración de amor que se haya escrito. Romeo se fijó en una dama y preguntó al criado: “¿Quién es aquella dama que enriquece la mano de ese caballero?” Le contestó el criado: “No lo sé, señor”. Romeo se dijo: “Terminada la pieza, observaré donde se pone, y haré feliz mi ruda mano tocando la suya.

Fray Lorenzo y los enamorados

ENTRE LÍNEAS



Julio Sánchez Rodríguez

¿Amaba mi corazón hasta ahora? ¡Jura que no, vista mía! Pues nunca he visto verdadera belleza hasta esta noche”. Cuando llegó la ocasión, Romeo tomó la mano de Julieta y le dijo: “Si profano con mi indigna mano este sagrado santuario -pecado de amor es éste-, mis labios, peregrinos ruborizados, está dispuestos a hacer penitencia por este áspero toque con un tierno beso...” Julieta le dice: “Los santos no se mueven, aunque concedan lo que se ruega”. A lo que responde Romeo: “Entonces no te muevas, mientras yo recibo el efecto de mi plegaria. Así quedan limpios de pecado mis labios, por los tuyos”. Romeo la besa y Julieta le comenta: “Entonces mis labios tienen el pecado que han tomado”. Y Romeo insiste: “¿Pecado de mis la-

bios? ¡Oh invasión dulcemente aprovechada! Devuélveme mi pecado”, y la besa de nuevo. Llega la ama y Romeo se entera que Julieta era hija de la señora de la casa. A su vez, Julieta conoce que Romeo era un Montesco y exclama: “¡Mi único amor surge de mi único odio! ¡Le vi demasiado pronto sin conocerle, y le conozco demasiado tarde! Extraño nacimiento del amor: que deba amar a mi enemigo peor”.

Romeo y Julieta habían construido su nido de amor. José Saramago escribe en “Viaje a Portugal”, que estando en el pueblo de Borba vio un letrero puesto en una tapia que decía: “Prohibido destruir los nidos”. El escritor apostilla: “es la más extraordinaria declaración de amor”.

Al día siguiente, muy temprano, fue Romeo a comunicar la buena noticia a fray Lorenzo. Después de algunas preguntas sobre su paradero, Romeo le dijo: “Te lo diré sin que me preguntes más: he estado de festín con mi enemigo, donde de repente me ha herido alguien a quien yo he herido: los remedios para los dos están en tu auxilio y tu sagrada medicina: no tengo odio, santo varón, pues como ves, mi intercesión va a la vez a favor de mi enemigo”. Fray Lorenzo, desconcertado con este enigma, pide a Romeo que hable claro. El joven le dijo: “Entonces has de saber claramente que el ardiente amor de mi corazón está consagrado

que ya que pagan los vecinos, se note para qué ha servido su dinero. Y que así no haya que ir poniendo y quitando contenedores de mercancías de la plaza para dejar sitio a los tenderetes del mercado de los domingos, ni se pierda por las tuberías casi la mitad del agua que se consume, o que nadie se juegue el físico sorteando bordillos en mal estado ni falten pulmones verdes en las ciudades, las calles estén limpias y, de vez en cuando, se inauguren nuevos edificios y servicios para la comunidad.

Si impide que los pueblos se suban al tren de la modernidad, entonces la regla de gasto empieza a ser claramente anacrónica. Es un paso que se haya flexibilizado, aunque con la boca pequeña, con mucha sogá, porque el Estado sigue anclando la

a la bella hija del rico Capuleto: y lo mismo que el mío es suyo, el suyo es también mío; y todo está combinado, salvo lo que tú debes combinar por el santo matrimonio... Te ruego que consientas en casarnos hoy. La que ahora amo, me otorga gracia por gracia y amor por amor". Asombrado fray Lorenzo, de este amor tan repentino, advierte que el matrimonio de una Capuleto y un Montesco puede ir más allá del rito: "Joven veleidoso, por un solo motivo seré tu ayudante: porque esta alianza puede resultar tan feliz que convierta el rencor de vuestras familias en puro amor". Pronto tendría información de que Capuleto había dispuesto para el inmediato jueves las nupcias de su hija Julieta con el noble Paris, matrimonio que sería inválido en sí mismo por falta de libertad y de amor de la contrayente. Y sería del todo excluyente si fray Lorenzo casaba a Romeo y Julieta antes del jueves. Y así sucedió.

Informado por Romeo, el ama de Julieta le comunica que se verían en la celda de fray Lorenzo. Ella tenía permiso de su madre para confesarse con el fraile antes de su boda. El ama le apremia: "Vete a la iglesia: yo tengo que ir por otro lado a buscar una escala con que tu amor ha de subir al nido de un pájaro cuando esté oscuro". Julieta se despidió: "¡Me voy a la alta felicidad! Adiós, mi buena ama". A la celda de fray Lorenzo llegó primero Romeo y poco después Julie-

ta. Comprobando el fraile que había verdadero amor libre ente ambos, y, por tanto, si hay amor consentido hay matrimonio, les dijo: "Venid, venid conmigo, y acabaremos pronto el asunto: pues con permiso vuestro, no debéis quedaros solos hasta que la Santa Iglesia os incorpore como dos en uno". Bajaron a la iglesia y allí fray Lorenzo bendijo el matrimonio de Romeo y Julieta. No hizo falta pasar por la vicaría, ni hacer expediente matrimonial, ni testigos, ni amonestaciones. A este respecto, escribe José Saramago en el libro citado que "en Cantanhede el rey don Pedro declaró haberse casado con Inés de Castro. Eran tiempos en que bastaba que el rey dijera que se había casado y el escribano levantaba inmediatamente acta de confirmación. Si lo hiciera hoy, pedirían testigos, papel sellado, carné de identidad, se metería el registro civil en el caso, y el rey tendría que acabar casándose otra vez en debida forma".

Una vez casados Romeo y Julieta, había que impedir el anunciado matrimonio de Julieta con Paris. Fray Lorenzo ideó una estrategia algo estrambótica que fracasó, dando lugar a la terrible tragedia de los jóvenes amantes, que todos conocemos. Los Capuleto y Montesco se reconciliaron, como había vaticinado fray Lorenzo, pero demasiado tarde, pues ya habían destruido el nido.

Julio Sánchez Rodríguez. Sacerdote e historiador